

II

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

EL PECULIAR HISTORICISMO DE UN
ENAMORADO DE LA LIBERTAD

Esta glosa militar del pensamiento moderno no tiene una finalidad conmemorativa de ninguna vieja gloria. Tocqueville es presentado aquí en función de la vitalidad de sus ideas y de la actualidad de sus reflexiones. La talla intelectual de su figura atraviesa un momento de general reconocimiento. El contenido de su obra entronca con interpretaciones muy vivas sobre la misión de las fuerzas armadas en la sociedad democrática.

Tocqueville, aristócrata normando, nació en París el 29 de julio de 1805 en el seno de una familia castigada por la guillotina de la Revolución. Tercero y último de tres hermanos no elige la carrera de las armas, como Hipólito, el mayor, sino el estudio de las leyes. Es una decisión que le conduce en 1827 a la plaza de juez auditor en el tribunal de Versalles. En agosto de 1830, tras el destronamiento de Carlos X y la fundación de la monarquía burguesa de Luis Felipe escribe decepcionado a su hermano:

«A la magistratura le pasa lo mismo que al ejército, que está humillada. Lo malo es que nosotros no tenemos, como vosotros, el recurso de acudir a la espada. Por eso, si viese la posibilidad de cambiar de carrera creo que abandonaría ésta, pero no la veo.»

1. UN TALENTO EN LA ENCRUCIJADA DE VARIAS DISCIPLINAS.

En realidad, Alexis cambió varias veces de carrera. Cuando pase un año en los Estados Unidos (1831-1832) para estudiar el sistema penitenciario no se limita a hacerlo, como su colega Gustavo de Beaumont, sino que preparará su gran libro **Democracia en América**. Cuando en 1833 viaja por primera vez a Inglaterra, —donde conoce a una joven puritana seis años mayor que él, Mary Mottley, con quien más tarde contraería matrimonio— se fijará sobre todo en el hecho de que «el principio aristocrático pierde fuerza cada día y es seguro que el principio democrático tiende a ocupar su sitio».

Cuando en 1836, después del impresionante éxito de su primera obra, visite Alemania y Suiza, leerá a Maquiavelo y quedará anclado entre el gusto por la reflexión política y el ejercicio del poder. Le llegará su hora como Ministro de Asuntos Exteriores en el hiato que liga la presidencia autoritaria de Luis Napoleón con la proclamación del Bajo Imperio (1850-1851). Tocqueville fue, según Pierre Guibert, «un talento en la encrucijada de diversas disciplinas.»

Muere en Cannes el 16 de abril de 1859 donde se había refugiado para aminorar los riesgos de su delicada salud. Llevaba seis años apartado de la actividad pública sin interrumpir por ello los viajes a Inglaterra, Alemania y Argelia. Dos obras, **El Antiguo Régimen y la Revolución** (aparecida en junio de 1856) y **Recuerdos de la Revolución de 1848** (escritos desde julio de 1850, pero publicados después de su muerte) pueden ayudarnos a encontrar la substancia de la aportación de Tocqueville a la historia de las ideas: «Yo hablo de la historia, no la cuento», solía decirle a sus amistades.

Ha sido Raymond Aron en **Las etapas del pensamiento sociológico** el primero que llamó la atención sobre la filosofía social de Tocqueville:

«Se opone a los sociólogos considerados clásicos, Augusto Comte o Marx, por su rechazo a las amplias síntesis que pretenden anticipar la historia... Como Montesquieu, Tocqueville quiere hacer inteligible la historia, no suprimirla.»

Aron utiliza con fluidez la recopilación de textos de J. P. Mayer y termina confesándose seguidor del aristócrata normando. Recientemente Philippe Braud y Francois Burdeau le han dedicado un elogioso capítulo —El advenimiento irresistible de la democracia— de su **Historia de las ideas políticas después de la Revolución** (1983).

El primer estudioso español de Tocqueville ha sido Luis Díez del Corral, tanto en **La mentalidad política de Tocqueville con especial referencia a Pascal** (1965), su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, como en **La desmitificación de la Antigüedad Clásica por los pensadores liberales con especial referencia a Tocqueville** (1969). Actualmente prepara una biografía completa de la que ha anticipado en 1984 dos capítulos: **La formación intelectual de Tocqueville y Aron, Tocqueville et Ortega y Gasset**.

Fervoroso lector del ilustre normando es también Dalmacio Negro Pavón, introductor de la edición española de **Democracia en América** (Aguilar, 1971), prologuista de **Inéditos sobre la Revolución, segunda parte de El**

Antiguo Régimen (enero de 1973) y frecuente comentarista en **Papeles para la libertad** del Diario «YA» de las ideas tocquevillianas (2 de febrero de 1988).

Por último se ha ocupado de Tocqueville Luis Rodríguez Zúñiga al preparar la edición de **Recuerdos**.

Algunos tratadistas militares franceses, como Beaufre, citan a Tocqueville. No así los españoles, al menos hasta hoy.

2. UNA ACTITUD DISCRETAMENTE CRÍTICA HACIA EL GENERALATO FRANCÉS.

La actitud discretamente crítica de Tocqueville hacia los generales de Francia prolonga su explicación sobre los preliminares de la Revolución:

«... la nobleza francesa nunca se puso al frente de las demás clases para resistir con ellas los abusos del poder real; al contrario, fue el poder real el que se unió al pueblo para luchar contra la tiranía de los nobles y luego a los nobles para mantener al pueblo obediente... Los nobles habían cesado desde hacía largo tiempo de participar en los detalles del gobierno... mandaban los ejércitos, ocupaban cargos de ministros, llenaban la Corte, pero no tomaban parte de la administración propiamente dicha, es decir, en los asuntos que ponen en contacto directo con el pueblo.»

Tras esta explicación Tocqueville, remiso al reconocimiento de los líderes carismáticos, verá en Napoleón «el genio de quien iba a ser, a la vez, el continuador de la revolución y su destructor».

«La verdad es que (los miembros del ejército) habían ganado con la Revolución y tenían interés especial en mantenerla... La imaginación estaba fatigada, harta de esperar y prever. La nación... transida de terror; pero a la vez de flojedad, volvía disciplinadamente la vista aquí y allá para ver si alguien acudía en su ayuda. Resultaba claro que ese salvador debía salir del ejército. ¿Quién sería? Unos pensaban en Pichegru, otros en Moreau, otros en fin en Bernardotte.»

Más adelante, cuando tenga que defender la utilidad y la necesidad de la presencia francesa en Argelia, distinguirá entre dos problemas, **el militar**,

que considera correctamente llevado por las pequeñas unidades creadas por un general capaz, Bugeaud, y el **político**, para el que juzga equivocada la postura del general, porque busca la conquista total del territorio. Lo expresará en 1846, tras su segundo viaje a Argelia, cuando ya había estudiado a fondo la cultura islámica:

«En todas partes, sin excepción, me han dicho que el mariscal es hostil a cualquier desarrollo de la sociedad civil, que no la quiere, que lo más que se podría esperar de él sería que no se mezclase en el asunto y abandonase enteramente a otros esta inmensa parte de su tarea... por otra parte es cierto que sus grandes cualidades militares e incluso sus defectos le dan una enorme influencia sobre el ejército, pues refleja todas las pasiones e intereses de éste y posee en el más alto grado su confianza y sus simpatías.»

Será en torno a los sucesos del 23 de febrero de 1848, —las tropas hacen fuego en París contra una manifestación antigubernamental y Luis Felipe huye a Inglaterra— cuando Tocqueville señale las limitaciones de los generales franceses frente al fenómeno que a él le obsesiona: el inevitable tránsito de la libertad política a la igualdad social por vía revolucionaria (en Francia) o por vía pacífica (en los Estados Unidos de América).

Tocqueville votará a favor del general Cavaignac, el jefe del poder ejecutivo, quizás porque no había otro camino para salir del atolladero:

«La Revolución de febrero debe ser cristiana y democrática pero no debe ser socialista» —diría en su discurso del 13 de septiembre del mismo año.

Finalmente, derivaría hacia una conclusión personal asumida en 1852:

«He pensado cien veces que si tengo que dejar alguna huella en este mundo será más por lo que haya escrito que por lo que haya hecho.»

Los estudiosos siguen sorprendiéndose de la firmeza con que Tocqueville anunciaba la buena relación de los cristianos con la democracia y, en definitiva, han ido tomando en cuenta la fina argumentación de este católico no prácticamente que, además, era aristócrata. No es el momento de volver sobre ello, pero sí el de calibrar el distanciamiento que Tocqueville vislumbra entre el generalato francés y el espíritu de la democracia.

Tres generales, Cavaignac, Lamoricière y Bedeau, son tratados con algún esmero por el escritor normando. En los tres, descubre una

incapacidad radical para el análisis de la realidad social análoga a la que ya había encontrado en Bugeaud.

Cavaignac es «un espíritu mediocre y oscuro por naturaleza que en las breves alocuciones alcanzaba la altura de su alma y se acercaba a lo sublime». Lamoricière aparece en su pluma lleno de claroscuros. «Yo le temía mucho por su petulancia, por sus imprudentes habladurías y sobre todo por su ociosidad. Era uno de esos hombres que prefieren hacer las cosas bien a hacerlas mal, pero que prefieren hacerlas mal a no hacer nada en absoluto». Y eso que se trata del amigo a quien nombrará embajador de Francia en Moscú.

Durante los sucesos de 1848, Tocqueville había contrapuesto las cualidades de Lamoricière y las de Bugeaud con estas palabras:

«Si se quiere luchar por la fuerza contra el movimiento público, son necesarios, desde luego, el nombre y la audacia de Bugeaud, pero si se quiere intentar la conciliación y se suspenden las hostilidades... el nombre de Bugeaud es un contrasentido.»

La crisis se resolvería eclécticamente: «Bugeaud conservaría nominalmente el mando general y Lamoricière se pondría a la cabeza de la guardia nacional.»

Donde la pluma de Tocqueville se muestra más dura y delicada a un tiempo es en la explicación de la quiebra del prestigio de otro teniente general, Bedeau, al que tenía particular afecto:

«... siempre he observado que los hombres que más fácilmente pierden la cabeza y se muestran por lo general más débiles en los tiempos de revoluciones son los hombres de guerra: habituados a encontrar ante ellos una fuerza organizada y en sus manos una fuerza obediente, se desconciertan con facilidad ante los gritos desordenados de la multitud compuesta por ciudadanos inofensivos e inermes y ante la vacilación y, a veces, la connivencia de sus propios soldados.»

El teniente general Bedeau, añade Tocqueville para reforzar su tesis, «no era tímido, ni siquiera indeciso, una vez adoptada su decisión se le veía marchar hacia su objetivo con mucha firmeza, con serenidad y con audacia... Por lo demás, era un hombre justo, moderado, liberal, humano, como si no hubiera hecho durante dieciocho años la guerra en Africa, modesto, moral, honesto, delicado incluso, y religioso: de esa especie de hombre de bien que raramente se encuentra bajo el arnés o en cualquier



otro sitio». Todas estas cualidades de nada le sirvieron a Bedeau para legitimar una actuación que, a juicio de los orleanistas, tuvo la culpa de la caída de la monarquía.

El relato de Tocqueville —nunca nos relata una batalla victoriosa de Napoleón Bonaparte ni de ninguno de sus mariscales— termina anotándose un punto a su favor por lo afortunado de sus palabras a Bugeaud en plena calle:

«... créame, vuelva y monte inmediatamente su caballo porque si se queda usted aquí, le matarán o le cogerán prisionero, antes de cinco minutos.»

Lo importante de estas citas no está en lo anecdótico sino en una diferencia substancial que Tocqueville observa respecto a los generales de la democracia americana, nunca llevados a trances análogos a los padecidos por Cavaignac, Bugeaud, Lamoricière y Bedeau. Y es que la tesis subterránea de Tocqueville apunta hacia esta idea: nada de lo ocurrido en las calles de París a los generales burgueses le hubiera ocurrido a un general de ideas aristocráticas en la democracia americana.

3. LA PECULIARIDAD DEL HISTORICISMO DE ALEXIS DE TOCQUEVILLE.

Tocqueville vivió entre 1805 y 1859. En rigor no fue un historicista aunque creía, como Leopoldo Ranke, en la unidad de la corriente del devenir histórico. No es su visión de historiador una exagerada valoración de la historia. La médula del historicismo clásico radicaba en la sustitución de una consideración generalizadora de las fuerzas humanas históricas por una consideración individualizadora. Tocqueville fundirá ambas consideraciones, atribuyendo el **historicismo** a los historiadores de un tiempo aristocrático y el **naturalismo** a los historiadores de un tiempo democrático.

Los historicistas del estilo de Tocqueville rechazan la legitimidad de la construcción de una ciencia de lo social equiparable a las ciencias de la naturaleza. Consideran imposible la aplicación de métodos analíticos al comportamiento del hombre. Lo cultural, lo propio del espíritu, no puede ser conocido, sino intuido. Los hechos históricos son únicos e irrepetibles; es inútil buscar en ellos regularidades o invariantes para determinar leyes.

El más duro crítico del historicismo clásico, Karl Popper, define al historicismo como el punto de vista sobre las ciencias sociales que supone que la predicción histórica es el fin de éstas y que supone, también, que este fin es alcanzable por medio del descubrimiento de los **ritmos**, de los

modelos, de las **leyes** o de las **tendencias** que subyacen bajo la evolución de la historia.

Para el historicista clásico las semejanzas sólo se repiten dentro de un determinado período histórico. Es la actividad humana la fuerza que cambia las épocas. El historicismo de Tocqueville cree que sólo la estructura física posee constelaciones. Le debe mucho al biologismo o teoría orgánica de las estructuras sociales. Este historicismo peculiar acepta la existencia de un espíritu de grupo capaz de portar las tradiciones del grupo.

Para Popper, como para Tocqueville, la creencia en un destino histórico es pura superstición. Es imposible predecir el curso futuro de la historia. No puede haber una teoría científica del desarrollo histórico. Pero es posible la predicción de que ciertos sucesos tendrán lugar bajo ciertas condiciones. La actitud más razonable que se puede tomar es la de acomodar el propio sistema de valores a los cambios futuros. La teoría moral de este historicista concluye que lo moralmente bueno es lo moralmente progresivo. El talante profético de Tocqueville, que soñaba con una reconstrucción cristiana de los ideales laicos del liberalismo y la democracia, se presentó en su propia biografía. Tocqueville, que no practicó el catolicismo en vida, murió francamente en brazos de la religión cristiana tal como había leído en Blas Pascal debía ser ésta.

A Tocqueville le parece como si los clásicos historicistas estuviesen intentando compensar la pérdida de un mundo inmutable aferrándose a la creencia de que el cambio puede ser previsto porque está regido por una ley inmutable. Tocqueville no temía al cambio más allá del esfuerzo que le obligaba hacer para su comprensión. Se apoyó en una refinada psicología de las pasiones, que tomó de Pascal, hasta coronar estudios magistrales de psicología social que, hoy, tras el oscurecimiento de un siglo ha permitido a Raymond Aron elevar a Tocqueville al nivel indiscutible de padre fundador de la sociología.

Tocqueville fue un jurista metido a historiador que puso la sociología al servicio de la historia. La historia que le importa no es la amplia concepción abarcadora de grandes períodos sino la historia coyuntural. Es un saber del presente que permite hacer comprensible la actitud de los hombres. El resultado es asombroso. Construye tanto una filosofía política consistente como la ciencia política contemporánea sin dejar de ser ni historiador ni sociólogo.

Para Tocqueville la libertad y la igualdad son los principios formales constitutivos de la democracia moderna, es decir, del estado social nuevo

hacia el cual se caminaba por doquier en las dos sociedades de tradición cristiana que mejor estudió (la norteamericana y la francesa) en sus dos obras fundamentales: **Democracia en América** y **El Antiguo Régimen y la Revolución**.

«La crítica de Popper no vale para Tocqueville. Su noción dual de legitimidad, menos rica que la tríptica que alumbrará Max Weber, le cubre de la acusación de timoratos que Popper lanza contra todos los historicistas posteriores a Hegel.»

«No es el uso del poder o el hábito de la obediencia lo que deprava a los hombres: es el uso de un poder que consideran como ilegítimo y la obediencia a un poder que consideran como usurpado y opresor.»

«Un poder que no resiste la prueba moral, la aceptación voluntaria, la obediencia, —por motivos racionales en la democracia— no es poder, a juicio de Tocqueville.»

Tocqueville empieza asombrándose de un hecho:

«Las repúblicas norteamericanas no disponen de fuerza armada permanente para reducir a las minorías, pero las minorías nunca han sido allí hasta el presente obligadas a tener que hacer la guerra, y la necesidad de un ejército todavía no se ha dejado sentir»... «A la Unión se le concedió, pues, el derecho exclusivo de hacer la paz y la guerra; de concertar los tratados de comercio; de levantar ejércitos; de equipar flotas.»

Más adelante nos da una sorpresa al titular el capítulo XXII de **Democracia en América. Porqué los pueblos democráticos desean naturalmente la paz y los ejércitos democráticos la guerra.**

«En los Ejércitos democráticos todos los soldados pueden llegar a oficiales y (así) se generaliza el deseo de ascenso y se extienden los límites de la ambición militar casi al infinito»... «Todos los ambiciosos que existen en un ejército democrático desean la guerra con vehemencia, porque la guerra deja puestos vacantes y permite violar ese derecho de la antigüedad que constituye el único privilegio natural en la democracia.»

Las consideraciones que siguen a estas afirmaciones (y a otras parecidas) no se fundamentan en un particular estudio del alma del soldado (o del oficial) sino, en general, del conocimiento de las pasiones del hombre:

«Nada hay tan peligroso como un ejército en el seno de una nación que no es guerrera.» «No es en el ejército donde se pueden encontrar el remedio a los vicios del ejército sino en el país.» El texto toma el tono de reglas o de máximas que no conviene olvidar. Todo el Capítulo XXIV participa del mismo carácter: **Lo que hace a los ejércitos democráticos más débiles que los otros ejércitos al entrar en campaña y más temibles cuando la guerra se prolonga.**

Tocqueville es un pensador riguroso, independiente y libre, para el que la historia es algo que hacen los hombres y no un estrecho sendero que estemos fatalmente condenados a seguir. Siente por los hechos un respeto mayor aún que Comte. Se aplica a interpretar su significado, no a narrarlos. Está detrás de las ideas rectoras de los actos humanos. Y allí, en torno a los hechos de la Revolución Francesa, descubre Tocqueville una situación social para los soldados de Europa muy distinta a la que encontró en América.

«Por error o por fingimiento, los franceses, —repite Tocqueville— consideran al ejército como expresión de la nación. La verdad es que sus miembros habían ganado con la Revolución y tenían interés especial en mantenerla...» Sólo faltaba en Francia alguien que fuera capaz de un cierto grado de legitimación personal que le permitiera aparecer como encarnación verdadera de los intereses nacionales. Moreau, Bernardotte, Pichegru, generales justamente famosos a los ojos de los más entendidos, parecían ser los llamados a dirigir la nación, a restablecer la paz social o por lo menos el orden público.

El análisis de la marcha gradual del ejército hacia el poder soberano que Tocqueville forja con elementos de la biografía de Napoleón, resulta esclarecedor de una historia en concreto mucho más que ciencia política digna de ser generalizada. Pero Tocqueville se detiene en él para explicar el cansancio revolucionario:

«Los propios partidos, diezmados, indiferentes y agotados, aspiraban a poder descansar al fin de una opresión cualquiera, siempre que fuera ejercida por un neutral y pasase sobre sus rivales tanto como sobre ellos mismos... Cuando los grandes partidos políticos empiezan a entibiarse en sus amores sin ablandarse en sus odios y llegan al punto de desear, menos su triunfo, que el fracaso de sus adversarios, hay que prepararse a la servidumbre: el amo está próximo. Era fácil conjeturar que ese amo no podía salir sino del ejército.»

La aportación de Tocqueville a la sociología militar culmina en sus finas observaciones a la Revolución del 48, que él vivió directísimamente. El modo de narrar (profundizando en la situación sin desprenderse de la psicología del actor que es propio de la pluma de Tocqueville), constituye la esencia de su historicismo. Un historicismo distinto del que nació en los brazos del idealismo alemán y que, desde Hegel a Fichte y desde Ranke a Weber, no ha dejado de influir en la formación intelectual del militar europeo. El peculiar historicismo de Tocqueville, en cambio, ha influido poco en esta formación, sin duda por lo tardío de su irrupción en forma de escuela tocquevilliana que tiene a Raymond Aron en Francia como su mejor representante y en España a Luis Díez del Corral.